

GALDÓS Y LA HISTORIA: LOS ÚLTIMOS AÑOS

(Diálogo con Stephen Gilman)

Juan López-Morillas

1.

Cuando di remate a la lectura del ensayo de Stephen Gilman, lamenté que estuviese destinada a una sesión de la MLA donde habría de sujetarse a una limitación temporal que podía menoscabar su significado. Esta impresión se acentuó cuando empecé a cavilar sobre aspectos concretos del trabajo: analogías, contrastes, reiteraciones, en suma, cotejos posibles entre la quinta serie de los *Episodios* y *El caballero encantado*, de una parte, y, de otra, entre estas obras, tomadas en conjunto, y el resto de la producción galdosiana. Mas la cavilación no quedó circunscrita a esa producción. El estudio apunta, por añadidura, a la circunstancia del novelista, entendida a la manera orteguiana, esto es, no sólo como realidad *presente* —mejor sería decir *compresente*— en que aquél se halla inserto, sino también como proceso histórico que da forma y sentido a esa realidad. Debo confesar que es este último el aspecto del estudio que despierta en mí especial interés.

Al igual que Gilman, yo también he sido lector tardío de *El caballero encantado*. Cuando hará cinco años apechugué por fin con esa novela, cometí un yerro de enfoque que había de entorpecer de momento una recta comprensión. Me empeñé en ver la obra como un engarce más en la cadena que forman las otras *Novelas contemporáneas*, el furgón de cola, como si dijéramos, en una larga serie de fábulas, cada una de las cuales responde al ritmo y empuje de las que la preceden. Pero ese empeño mío no me satisfizo al cabo. Me acuciaba la sospecha de que allí había algo que se me había escabullido entre los renglones, algo que requería atención más solícita. Me había dejado subyugar por el postulado, correcto en lo esencial, de Montesinos y el propio Gilman, según el cual Galdós aprende ante todo de sí mismo, al punto que cada obra suya se articula de algún modo con la anterior, sin perjuicio de que lleve aneja una revisión infatigable e inmisericorde de arbitrios y propósitos narrativos. Ahora bien, si se me permite apurar el símil ferroviario, cabría decir que el furgón de cola que es *El caballero encantado* rompe su enganche con el resto del convoy y se adentra, no por una vía muerta, como algunos han supuesto, sino por un ramal que manifestamente lo aparta de la dirección presunta. Y, lo que es más, al entrar por el nuevo carril pasa de ser furgón de cola a vehículo fronterero que arrastra tras sí los cuatro últimos *Episodios* de la quinta serie.

Ese barrunto empezó a tomar cariz verosímil cuando en 1981, durante un asueto veraniego, releí la quinta serie y me percaté de lo que para algunos de mis lectores quizá sea algo consabido (pido indulgencia por este mi descubrimiento del Mediterráneo como *mare ignotum*), a saber: que *El caballero*

encantado inicia un radical desvío, que esa novela, en la que algunos ven travesura de la fantasía o síntoma de facultades claudicantes, es, en realidad, un brioso testimonio de que Galdós asume una nueva postura ante la historia y un modo de pensar y sentir la realidad española que se vincula con sobrada ligereza a la generación del 98. Y digo con sobrada ligereza porque no fue, ni mucho menos, patrimonio privativo de esa generación. Ahora el estudio de Gilman viene a convalidar ese barrunto. Y es de desear que los galdosistas de probada ejecutoria —yo, por supuesto, no me cuento entre ellos— se apresten a sondear un tema que puede brindar notables hallazgos.

2.

Nada demuestra la virtud tempestiva de Galdós, su capacidad de remozamiento, mejor que la postura que adopta ante el pasado español en *El caballero encantado* y los cuatro últimos *Episodios* de la quinta serie. Es análoga en lo esencial a la de los «hombres del 98», un cuarto de siglo, como promedio, más jóvenes que él. Al igual que éstos, siente aversión hacia la historia reciente y, en particular, hacia la farándula política que monta Cánovas, disfrazada con la Constitución de 1876. Ahora bien, su inquina tiene mejor fundamento que la de esos jóvenes. No se olvide que Galdós había *vivido* las borrascas del último quinquenio isabelino, a la vez que las risueñas esperanzas, porfiadas discordias y tragicómico fin del sexenio de la Setembrina; había *vivido*, en suma, una época de aguda hiperestesia en que casi todas las formas de vida colectiva se identificaban funestamente con las fórmulas políticas. Pero en el ámbito holgado de su *magín*, Galdós había *revivido*, además, los sesenta años precedentes, jalonados de guerras, revoluciones, pronunciamientos, asonadas, bandolerismo guerrillero; había *vivido* y *revivido*, en suma, el repertorio de energía espasmódica en que se traduce el retazo de historia de España que cubren cabalmente los *Episodios*. Incluso cuando Galdós reconoce lo baldío de tal dinamismo, no puede contener su asombro ante prueba tan incontestable de la enjundia y terca resistencia de la raza. En uno de los apartes que salpican la quinta serie, el narrador describe la «explosión de sentimiento republicano» que sigue a la caída de Isabel II como «el más vigoroso de los sentimientos políticos en aquella época de pasmosa florescencia vital». Y agrega con quejumbrosa metáfora: «Brotaban los nuevos gérmenes con fuerte empuje de la savia, y el poder y virtud de ésta se malograba por querer crear el fruto antes de producir las flores...» (ESR 3: 854).¹ En definitiva, el narrador sabe mejor que nadie —y así lo hace constar en la vivencia de varios personajes— que esa «florescencia vital», ese «fuerte empuje», trajeron consigo actos de violencia no menos vesánicos por ser en alguna medida exculpables, y acabaron por disolverse en aquel episodio insensato que fue el cantón de Cartagena. «Querer crear el fruto» suponía, en frase menos poética, la voluntad de trasladar a la acción concreta —o, si se quiere, «acción directa»— aquello que el cerebro había engendrado como imagen abstracta. Y trasladarlo a toda costa, por la violencia, si era preciso. Pero, como de ordinario sucede, doctrina y acción política raras veces se daban en proporción armónica, y menos aún en un

período tan alborotado como el que inaugura la Revolución de Septiembre. Si prevalecía la doctrina, se daba el caso de un Pi y Margall, incansable teorizante y benigno paladín del federalismo; si predominaba la acción, se daba el caso de un Paúl y Angulo, hombre arrebatado y feroz, presunto instigador del asesinato de Prim. Si locura significa tomar lo ficticio por real, cabría decir que tan orate fue Pi como Paúl. Cabría decirlo, pero no lo diré. Pi fue un doctrinario con ribetes de utopista; Paúl fue un loco de atar. Pi nunca trató de anticipar las aciagas consecuencias de su prédica doctrinaria; Paúl nunca quiso vaticinar las trágicas consecuencias de la acción directa. En todo caso, ninguno de los dos quiso o pudo mirar la realidad española con ojos limpios de teoría o pasión. El grito de «¡Muera la historia!» (ET 3: 939) que lanza Paúl y Angulo cuadra tanto al utopista que sueña con un mundo limpio de imperfecciones como al terrorista que busca la destrucción del mundo viciado en que vive.

Hay, pues, motivos bastantes para subrayar que la quinta serie, la que cubre precisamente el sexenio revolucionario, se nutre del tema de la locura individual y colectiva. Se pueden aducir, entre otros, los siguientes ejemplos textuales que me parecen concluyentes: a) la melancólica frase que Galdós pone en boca de Prim: «no hay razón con fuerza suficiente para llevar la tranquilidad a este manicomio [i.e., España]» (ET 3: 918); y b) la reflexión que, pocas semanas antes del asesinato de aquél, hace Vicente Halconero: «El pueblo español padecía de una honda enfermedad del juicio: loco estaba el patriotismo, loca perdida la libertad, y el año venía con una sarta de locuras trágicas engarzadas una con otra, como cuentas de rosario» (ET 3: 946). Leganés se había convertido en símbolo idóneo del país.

3.

Cuando hace pocos años releí la quinta serie, me llamó la atención la frecuencia con que en ella se consigna palmaria o alusivamente que, pese a lo violento de las convulsiones y lo estentóreo de los alborotos, el desorden que acompañó al sexenio revolucionario no pasó de ser cutáneo y dejaba incólumes las fibras íntimas de la sociedad española. Este, como es notorio, fue tema predilecto de Unamuno (recuérdense los ensayos de *En torno al casticismo* y, en particular, *Paz en la guerra*). Y, en efecto, las referencias de Tito/Galdós al «ser interno de España» tienen inequívoco sabor unamuniano. Sirva de ejemplo el recado que la «Madre augusta» manda a Tito Liviano por mediación de la espectral «Efémera»: «Desea "Mariclío" que te apliques a la Historia interna, arte y ciencia de la vida, norma y dechado de las pasiones humanas. Estas son la matriz de que se derivan las menudas acciones de eso que llaman "cosa pública", y que debía llamarse "superficie de las cosas"» (C 3: 1341).

Hablar de la «cosa pública» equivale, pues, a hablar de la costra o capa-razón con que se disimula la existencia auténtica. Como diría don Miguel, la *superficie* de las cosas nos impide ver su *fondo*. Tomar por historia lo que sólo afecta a una minoría de gentes favorecidas por el acaso o la audacia, o mimadas por la riqueza y el privilegio, es singular estrabismo que han pade-

cido no pocos historiadores de Occidente. Galdós intenta, a su modo, corregir esa aberración visual, componiendo lo que cabe llamar una «historia de los que no tienen historia» a uso de los españoles, o sea, de la inmensa mayoría de quienes habitan la geografía peninsular. En tal empresa los que «meten bulla en la historia», según expresión de Unamuno, quedan relegados al papel de histriones, con sus máscaras y disfraces, posturas y parlamentos. Los tales siempre han existido, pero hubo gran acopio de ellos en la España isabelina, en aquella corte de los milagros con puntas y ribetes de farsa guiñolesca que delineó la pluma sutil y acerba de Valle-Inclán. Pero el acopio llega a su colmo en la España de la Restauración, en la que los dos partidos dinásticos hacen alternativamente de actores y espectadores en una comedia de figurón a la que permanecen ajenos «los que no tienen historia», pues nada tienen que ver con ellos las «ficciones o decorosas pamplinas» (C 3: 1305) que se representan en el escenario de la monarquía alfonsina. Esos dos partidos turnantes, o «mandas de hombres», como los denominan a una Segismundo y la «Madre augusta», pastoreadas por Cánovas o Sagasta, «carecen de ideales, ningún fin elevado les mueve, no mejorarán en lo más mínimo las condiciones de vida de esta infeliz raza, pobrísima y analfabeta»; a lo que la «Madre augusta» agrega: «No harán nada fecundo; no crearán una nación; no remediarán la esterilidad de las estepas castellanas y extremeñas; no suavizarán el malestar de las clases proletarias» (C 3: 1363).

Ninguna apelación a la crítica formalista —útil, por lo demás, en otros casos— puede ocultar el hecho de que los *Episodios* de la quinta serie responden a un compromiso ideológico de Galdós y están, por ende, escritos con una fuerte dosis de acíbar, en particular, el último, *Cánovas* (marzo de 1812). Encarnan, por una parte, el desengaño de quien vio las ilusiones de la temprana Setembrina trocadas al cabo en vesánico desbarajuste, el cual, a su vez, trajo como de la mano el golpe de Martínez Campos y el retorno de los Borbones; y, por otra parte, delatan la repulsa que inspiran en el novelista las cuquerías y añagazas de la Restauración. Por boca de la «Madre augusta», de Segismundo García Fajardo y, en particular, de Tito, Galdós pronuncia lo que en jurídica latiniparla se llama un «veredicto de culpabilidad» contra el cúmulo de calamidades, supercherías y sandeces en que se resuelve la crónica «externa» de España durante la mayor parte del siglo diecinueve. Veamos tres botones de muestra. Dice la Madre, aludiendo a las guerras civiles: «Estamos dentro de un absurdo vestido de realidad. Carnaval sangriento. Escribiremos una historia que no será creída por los venideros, y al leerla, si es que la leen, pensarán que hemos escrito cuentos disparatados para educar a los niños en la barbarie y en la imbecilidad...»; «Vuestros políticos y vuestros guerreros estiman como un mal el crecimiento de la raza. Hay que matar, matar sin tregua, para que se acorte el número de los españoles que viven y comen...» (DCS 3: 1234, 1255). Declara Segismundo, presenciando la entrada de Alfonso XII en Madrid: «El borbonismo... es siempre el mismo: un poder arbitrario que acopla el trono y el altar para oprimir a este pueblo infeliz y mantenerlo en la pobreza y en la ignorancia» (C 3: 1313). Comenta, por último, Tito: «La España que aspira a un cambio radical y violento de la política se está quedando, a mi entender, tan anémica como la otra. Han de pasar años, lustros tal vez, quizá medio siglo largo, antes que este

Régimen, atacado de tuberculosis étnica, sea sustituido por otro que traiga nueva sangre y nuevos focos de lumbre mental» (C 3: 1350). Estas palabras, que en la cronología novelesca corresponden a 1876, fueron pronunciadas cincuenta y cinco años, o sea, «medio siglo largo», antes de la proclamación de la segunda República en 1931. El vaticinio no anduvo muy equivocado.

4.

Una de las observaciones más sagaces que hace Gilman en su *Galdós and the Art of the European Novel* tiene que ver con el modo como Galdós pondera el influjo de la historia contemporánea en la configuración de sus entes y casos de ficción. Gilman subraya el alcance y sentido de tal ponderación en *Fortunata y Jacinta*, fábula en la que el acontecer histórico se desgrana en el suceso menudo, baladí y efímero. Pero creo que estaría de acuerdo en que, si bien la fragmentación y degradación de lo histórico llegan al máximo en esa novela, no faltan indicios de tal menosprecio en, por supuesto, *La desheredada* y otras obras de las *Novelas contemporáneas*. Tengo la impresión —aunque esto habría que documentarlo con esmero— de que Galdós tiende a degradar en sus mundos ficticios el período histórico que le ha tocado vivir en el mundo real. Y ello, no sólo porque, en general, la historia que se vive por lo común se desestima, si el espíritu crítico está medianamente desarrollado, sino también porque para un progresista y liberal como Galdós esa falta de estima podía ser acicate para buscar alivio en una visión de la historia más ajustada a su *desideratum* personal.

Hablo de *alivio* y quiero recalcar que uso el vocablo con pleno conocimiento de causa. En los diez o doce años que siguen al 98, la mayoría de quienes sienten la magnitud y consecuencia del desastre escriben con afán terapéutico. Pero la terapia se endereza a dos fines distintos. Uno es el de diagnosticar los males que aquejan al país y prescribirles el oportuno remedio. Tal es la tarea que se arrojan los llamados *regeneracionistas*, émulos modernos de los arbitristas de antaño, entre los que, como es notorio, figuraban no pocos orates del género de Tomás Rufete. Si se pide la nómina de este grupo, mencionaré, entre otros, a Macías Picavea, Isern, Morote, Sánchez de Toca. Que yo sepa, no había orates entre éstos, aunque sí algún iluso. Antes al contrario, lo que se echa de ver en casi todos ellos es un conmovedor anhelo de cordura y objetividad. Recelosos de que se les tilde de quiméricos, recurren de continuo a datos que estiman probatorios, espigados en disciplinas tales como la economía, la sociología, la jurisprudencia y, muy particularmente, la psicología.

Conviene recordar que esta última, como brújula para explorar los entresijos del *alma del pueblo*, se había puesto de moda en Francia a raíz de la guerra francoprusiana de 1870, cuando algunos intelectuales franceses, acongojados por la derrota de su país, se consagran, con Taine y Fouillée a la cabeza, a la busca y rescate del *espíritu francés*, que por lo visto yacía agazapado bajo el tinglado de la historia aparatosa y oficial. La moda, como todas las francesas, cundió rápidamente por Europa, y el fin de siglo vio un rimero de libros sobre psicologías nacionales y regionales. No sólo los

franceses, sino también los polacos, los rusos, los italianos, los sardos, los catalanes, descubrieron que tenían cada uno su psicología particular, lo que llevó a la conclusión de que el menester del historiador genuino debía consistir primordialmente en bucear en el hondón del alma colectiva, en dar cuenta y razón del *carácter* peculiar e inconfundible del grupo humano historiado.²

No es, pues, de extrañar que, apenas desbaratadas las escuadras de Cervera y Montojo en Santiago y Cavite, algunos intelectuales españoles, angustiados por la magnitud del descalabro, quisieran adentrarse a su vez por los portillos y hendiduras de lo que Unamuno llamaba la «condenada historia», en busca de lo que, según el propio don Miguel, es «lo más íntimo y entrañable, lo que nos da motivos de vivir e ideal de vida», en busca, dicho sea en dos palabras, de un *alma española*, que se presumía sana e intacta bajo la superficie turbulenta de la crónica nacional. (No estará de más recordar en este punto que en 1903 se funda la revista *Alma Española*, para cuyo primer número —8 de noviembre— escribe Galdós un artículo con el título calderoniano y sugestivo de «Soñemos, alma, soñemos».)

Ahora bien, es dudoso que se pueda hacer historiografía aceptable con lo que, ya para empezar, es sospechosa psicología. Lo que sí se puede hacer con esa psicología sospechosa es excelente mitografía, o, si se prefiere, poesía lírica, en el sentido de libre creación de la fantasía en la que se moldean los propios sentimientos de quien a ella se entrega. Así pues, «lo más íntimo y entrañable» de que habla Unamuno no es, como él sugiere, el «alma española», sino el alma del mismo don Miguel (recuérdese aquello de «me duele España»), transustanciada en símbolo arrogante de la angustia patria. Y, como don Miguel, por supuesto, otros «hombres del 98». En mayor o menor cuantía, casi todos ellos se arrojan el oficio de hermeneutas del espíritu colectivo, que no es a la postre sino el lírico enunciado de la propia desazón. Es este grupo el que se solaza en establecer polaridades que son todavía moneda corriente en el mercado de ideas; polaridades —subrayémoslo— que son simples metáforas, materia prima poética, de la que Unamuno en particular nos ha dejado abundante acervo: *fondo-superficie*, *reposo-movimiento*, *silencio-sonido*, *costra-sustancia*, etc., a las que con propósito doctrinal él y otros autores dan vestimenta abstracta: *vida-historia*, *intrahistoria-historia*, *pueblo-nación*, *España real-España oficial*, etc. Nada tienen de nuevo tales antítesis: son ecos del socorrido «mito de las dos Españas». Pero en ellas repercute el distingo entre *historia interna* e *historia externa* tan caro a los krausistas y tan a la sazón aplicado por Francisco Giner a la España de la Restauración, la Regencia y el Desastre. No sé de ningún «hombre del 98» que, consciente de la discrepancia entre esas dos modalidades de historia, haya escrito palabras como las que Giner stampa en una carta a Clarín de septiembre de 1896: «¡Qué horas éstas; qué horrores; qué ruina moral, material, de todas clases; qué amargura; qué caída; qué corrupción; qué piedad tan inmensa entra en el alma toda por tanto dolor dentro y fuera de nosotros, tan bajo como va cayendo, cayendo, este pobrecito pueblo, que saldrá de esta agonía, pero cuándo!»³ Hace años, glosando ese pasaje, escribí a mi vez lo siguiente: «En ese *cuándo* se transparenta un espíritu en angustia mortal, abrazado ardentemente a una fe en el destino humano que la filosofía crea y la historia

destruye... [Giner] luchaba a brazo partido con su duda y su esperanza, buscando en sí mismo el convencimiento que necesitaba para convencer a otros» («Francisco Giner» 18). Raras veces se ha buscado alivio a la propia congoja con acento tan desesperado y conmovedor.

5.

La misma discrepancia entre historia interna y externa empuja a Galdós a buscar alivio en la mitografía, y el resultado de esa busca es *El caballero encantado*. Esta fábula, visión de Castilla en su metahistoria, enlaza con los ensueños poéticos de los «hombres del 98», y en más de una página no desdice de la sensibilidad con que Antonio Machado exalta líricamente las tierras altas que baña el Duero recién nacido, pétreo cuna de la nacionalidad castellana, velada por el pico de Urbión, la cumbre del Moncayo, el escarpe de Calatañazor con su castillo roquero y el collado de Numancia. Esa comarca, que en alguna ocasión se dilata hacia el norte para abarcar a la Rioja de Berceo, es el palenque en que Galdós sitúa gran parte de la acción de *El caballero encantado*, la parte que es amalgama de novela de aventuras (con algún resabio pastoril), cuento de hadas, visión mística, lección histórica y crítica social. Creadora y ensambladora de tan singular miscelánea es la ya mentada «Madre augusta», figura proteica que posee, entre otras, la rara virtud de ser al punto reconocida en cualquiera de sus avatares: «faz de augusta nobleza... cabellos blancos... severa vestimenta... mirada benigna... sonreír afable» (CE 6: 250). En esta figura radica el entronque entre los cuatro últimos *Episodios* de la quinta serie y *El caballero encantado*. En los *Episodios* aparece como preceptora de Tito en el menester de *escribir* la historia, entiéndase la historia que por lo común no se escribe. En *El caballero* asume una función paladinamente taumatúrgica: la de obligar a Carlos de Tarsis a *vivir* esa historia inédita. A este fin le transforma de caballero ocioso, derrochador de una cuantiosa fortuna rústica, en peón de labranza que, con yunta y arado, rompe terrones en la gleba milenaria de Castilla. Su encantamiento es el castigo que recibe por los desmanes que ha cometido en su previa condición de señorito consagrado a los «placeres y caprichos» de la holganza aristocrática. La Madre le amonesta: «Se te ata corto a la vida para que adquieras el cabal conocimiento de ella y sepas con qué fatigas angustiosas se crea la riqueza que derrocháis en los ocios de la corte...; creías que hay dos humanidades, el señorío y la servidumbre, y en el primero te ponías tú y decretabas el abandono impío de los infelices que, derrengándose como animales de carga, labraban tu bienestar» (CE 6: 251-52). Aunque pronto adquiere conciencia de quién fue, el viático expiatorio de Tarsis/Gil le verá sucesivamente de pastor, de cantero, de cavador en las ruinas de Numancia, de seguidor, por quebradas y vericuetos, de la mujer a que amó en su anterior estado, trocada también por arte mágica en oscura maestra de escuela. Y su mayor consuelo es saberse vigilado siempre por la Madre, que se le aparece en ocasiones imprevistas y lugares insospechados para confortarle y animarle, y, en particular, para aleccionarle —¡ella, diosa, reina o

señora!— en los trabajos y los días de la existencia humilde. Al cabo, su regeneración es evidente, física al par que moral. «El aire que aquí respiramos —declara— ¿no es el aire del primer día del mundo? Su diafanidad, su pureza y frescura, dan vida nueva y potente a mi espíritu enfermo, envejecido» (CE 6: 255). Escarmentado y contrito, musita con amarga ironía a su reina y señora: «Confieso y declaro que no era yo una cabeza, sí un sombrero de copa; no era yo un hombre, sino una levita» (CE 6: 255). Atrás quedan las pompas rituales de la Iglesia y el Trono, atrás la huera palabrería del Parlamento (Tarsis había sido diputado cunero), las fórmulas hipócritas de la vida social, el aire infecto de festines y saraos, el amor mercenario de las hetairas de moda. Al frente queda la promesa de practicar lo aprendido bajo la tutela exigente de la Madre, la «ciencia compendiosa del vivir patrio», en suma, una vida consciente, autoexigente y responsable.

No se requiere gran esfuerzo para comprender que la Madre (Clío, Maricío, la señá María, la duquesa de Mio Cid, etc.) es una alegoría de España. Aun ella misma se refiere, burlona y hastiada, a los atributos emblemáticos con que de ordinario se la representa. Pero quien mejor la caracteriza es Tarsis/Gil: «Es nuestro ser castizo, el genio de la tierra, las glorias pasadas y desdichas presentes, la lengua que hablamos...» (CE 6: 266). Tampoco hay que afanarse mucho para ver en el desdoblamiento Tarsis/Gil la personificación de dos modos opuestos de calibrar la realidad española. Tarsis encarna lo superficial, frívolo y perecedero; Gil representa lo esencial, enjundioso y permanente de esa realidad. Tarsis es hechura de la historia externa; Gil de la interna. Es significativo que, en los primeros años de nuestro siglo, Galdós, desdeñoso como sus coetáneos los krausistas tanto de la España enterrada entre cascotes y cenizas o amortajada en polvorientos pergaminos como de la llamada «España grande», creación en gran medida de la historia externa y triunfalista, vuelva los ojos a una Castilla soñada, lírica promesa de regeneración espiritual. Con esa Castilla legendaria, surcada por el Duero y el Arlanza, contrasta la Madre la Castilla de principios de este siglo: paupérrima, esteparia, despoblada, víctima del latifundio y el absentismo, de la usura y la avaricia, en la que, bajo la protección de la Guardia Civil, sólo medran los caciques, los alcaldes de monterilla y los curárganos de aldea.

Galdós, pues, degrada —mercidamente, por supuesto— la historia que vive a favor del mito que quisiera vivir. En la abundante nomenclatura topográfica con que salpica las andanzas de Tarsis/Gil ve Gilman una «poesía de los nombres» análoga a la que también subyugaba a Unamuno. La hay, sin duda; pero yo diría que ése es el anverso de la nómina. Yo, por mi parte, quiero subrayar el reverso. A la vibrante toponimia de la épica y el romancero —Medinaceli, San Esteban de Gormaz, Calatañazor, Salas, Osma, Lara— opone nombres de aldeas y lugares manifiestamente grotescos: Boñices, Tagarabuena, Matalebreras, Suellacabras, Tordelepe. Diríase que hemos llegado al punto en que no sólo se degrada la historia sino también la geografía.

El ensayo de Gilman me ha inducido a meditar sobre temas que, si bien literarios en su expresión, apuntan a zozobras galdosianas, exacerbadas por el desastre del 98, muy afines a las del *regeneracionismo* finisecular. Sería interesante indagar, por ejemplo, cuánto debe Galdós en estas sus creaciones

tardías a las doctrinas, investigaciones y prédicas político-sociales de su amigo Joaquín Costa. Esta es cuestión incitante que debe remitirse, sin embargo, a otra ocasión.

University of Texas at Austin

NOTAS

¹ Para abreviar las referencias a obra, tomo y página, me he servido de las siguientes siglas:

C	<i>Cánovas</i>
CE	<i>El caballero encantado</i>
DCS	<i>De Cartago a Sagunto</i>
ESR	<i>España sin rey</i>
ET	<i>España trágica</i>

La edición usada es la de las *Obras completas*.

² De esto me he ocupado con algún detenimiento en mi libro *Hacia el 98* (241-53).

³ Carta a Leopoldo Alas, 28.IX.1896 (Giner de los Ríos 115-16).

OBRAS CITADAS

- Gilman, Stephen. *Galdós and the Art of the European Novel: 1867-1887*. Princeton: Princeton Univ. Press, 1981.
- Giner de los Ríos, Francisco. *Ensayos y cartas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1965.
- López-Morillas, Juan. «Francisco Giner: de la Setembrina al Desastre.» *Cuadernos Hispanoamericanos* 355 (1980): 5-22.
- . *Hacia el 98*. Barcelona: Ariel, 1972.
- Pérez Galdós, Benito. *Obras completas*. Ed. Federico C. Sainz de Robles. 6 vols. Madrid: Aguilar, 1950-51.